

Martí, antimperialista⁵⁶

Emilio Roig de Leuchsenring

Quienes de veras conozcan, comprendan y amen a Martí —al Martí Apóstol y Mártir, no solo de las libertades del pueblo cubano, sino igualmente de las de los pueblos hispanoamericanos; al más genial de los estadistas de nuestro continente en todos los tiempos; al defensor de los pobres y los oprimidos de la tierra; al pensador de visión sin límites, que ideó en términos universales y que quiso lograr el equilibrio del mundo— han de reconocer y proclamar que es imposible encerrar en los estrechos límites de lo cubano su apostolado y su martirio, sino que su vida y su obra tienen evidente y constante carácter americanista, internacionalista y antimperialista, al extremo de poder sostenerse con toda justicia que para Martí la independencia de Cuba y Puerto Rico no es un fin, sino un medio; el paso indispensable para lograr la consolidación y engrandecimiento de las repúblicas de esta parte del Nuevo Mundo a la que llamó “Nuestra América” y “Madre América”, y con vistas al empeño de hacer obra universal, anchamente humana.

En lo nacional

Entre la riquísima documentación que de Martí atesoró su fiel y amado discípulo, compañero y amigo, Gonzalo de Quesada y Aróstegui, y que su hijo Gonzalo de Quesada y Miranda guarda con devoción ejemplar y ha venido divulgando en la Colección de *Obras Completas* del Maestro, por él dirigidas, figuran veinte

⁵⁶ Conferencia pronunciada el 17 de abril de 1953.

cuadernos que contienen pensamientos, apuntes, acotaciones a libros, breves juicios de personajes y acontecimientos. Leyendo y releendo, y anotando, esos tan valiosísimos cuadernos, encontramos en uno de ellos —“un block comercial de 13 x 22 centímetros”— que Quesada y Miranda publica, con el número 15, en el tercer tomo de aquellos, esta frase, maravilla de concisión:

Y CUBA DEBE SER LIBRE — DE ESPAÑA Y DE LOS ESTADOS UNIDOS.

No puede haberse formulado, en menos palabras, más completo y cabal programa político cubano, que el que Martí concreta, como aspiración suprema de todos sus ideales y luchas nacionalistas, en ese que bien puede calificarse de principio fundamental de la Revolución y de la República.

Cuba necesitaba forzosamente independizarse de España. Pero, también, para poder ser realmente libre, democrática, culta, próspera y feliz, le era imprescindible libertarse de los Estados Unidos, de la dominación económica, y por consecuencia política, que sobre la futura República amenazaban establecer los intereses yanquis, pues sabía perfectamente Martí que al desatar la continuación de la guerra independentista iniciada en La Demajagua el 10 de octubre de 1868, solo podría arrancar a la vieja y decadente metrópoli española lo que le restaba de su poder sobre Cuba —la dominación política—, ya que, después de la tregua del Zanjón, se había ido produciendo un hecho de tan extraordinaria significación y trascendencia cual era el desplazamiento de España por los Estados Unidos como metrópoli comercial de Cuba, debido no solo a las circunstancias fatales de nuestra vecindad al territorio de la Unión y la riqueza de nuestro suelo, así como al expansionismo económico de Norteamérica, ya en marcha en aquellos tiempos, y a los propósitos de poseer la Isla, manifestados desde 1805 por el Estado norteamericano, a través de todos sus gobiernos, sino, también, a los errores y torpezas de los gobernantes españoles. Por esas diversas causas señaladas, el mercado de España había ido poco a poco desapareciendo para Cuba, de igual modo que los de otras naciones europeas, sustituidos, casi totalmente, por el de los Estados Unidos, que había quedado como el único de la Isla.

El ideal, pues, la aspiración máxima de la lucha revolucionaria de Martí era una doble conquista antimperialista: contra el imperio español en ruinas, y contra el naciente imperio norteamericano.

De nada valía, para Martí, arrancar a Cuba de las garras del despotismo imperialista español, si no la mantenía libre también de la absorción y explotación imperialista yanqui.

A los que nos hemos adentrado, durante años y años, en la investigación y el estudio de la vida y la obra de Martí, y hemos laborado, sin tregua ni descanso, para esclarecer y divulgar, por sobre todo, su pensamiento político y revolucionario, no nos asombra, porque bien lo conocemos, pero sí nos hace admirar cada día más su genio, el observar cuán profundamente meditado fue su empeño de independizar a Cuba por la revolución y cómo supo ver y prever las dificultades y las necesidades con que tendría que enfrentarse en el desarrollo de su labor preparatoria y organizadora de la guerra que era indispensable desatar para conseguir, con la derrota y la expulsión de España, la instauración, consolidación y engrandecimiento de la patria libre.

Así lo comprobamos claramente expresado desde la remota fecha del 20 de julio de 1882, en que le escribe al general Máximo Gómez, desde Nueva York, su primera carta sobre la revolución de Cuba: “Ya llegó Cuba, en su actual estado y problemas, al punto de entender de nuevo la incapacidad de una política conciliadora, y la necesidad de una revolución violenta”. Pero juzga “de locos” el llevar a su país a una guerra impreparada, e indispensable enseñarle “que la revolución no es un mero estallido de decoro, ni la satisfacción de una costumbre de pelear y mandar, sino una obra detallada y previsoramente pensada”. No se debe, por tanto, precipitar ni violentar la revolución, sino encauzarla y organizarla: no llevar al país, “contra su voluntad, una guerra prematura, sino tenerlo todo dispuesto para cuando él se sienta ya con fuerzas para la guerra”, pues lo contrario lo califica de gravemente peligroso.

Martí, con genial visión política, previó, al mismo tiempo que los peligros de una guerra prematura, “otro peligro mayor tal vez que todos los demás peligros” para Cuba: “La influencia

y atracción yanquis”. Y en la carta a Gómez, ya citada, así se lo expresa, y explica:

En Cuba ha habido siempre un grupo importante de hombres cautelosos, bastantes soberbios para abominar la dominación española, pero bastante tímidos para no exponer su bienestar personal en combatirla. Esta clase de hombres, ayudados por los que quisieran gozar de los beneficios de la libertad sin pagarlos en su sangriento precio, favorecen vehementemente la anexión de Cuba a los Estados Unidos. Todos los tímidos, todos los irresolutos, todos los observadores ligeros, todos los apegados a la riqueza, tienen tentaciones marcadas de apoyar esta solución, que creen poco costosa y fácil. Así halagan su conciencia de patriotas, y su miedo de serlo verdaderamente. Pero como ésa es la naturaleza humana, no hemos de ver con desdén estoico sus tentaciones, sino de atajarlas.

Y en otra carta del mismo *Epistolario*, de 16 de diciembre de 1887, insiste con Gómez sobre ese punto, señalándole, como una de las cinco bases “que han de inspirar nuestras palabras y actos”, esta: “Impedir que con la propaganda de las ideas anexionistas se debilite la fuerza que vaya adquiriendo la solución revolucionaria”.

Quedan apuntadas en esas citas la extensión e intensidad de la obra revolucionaria y política de José Martí, la que traspasa los límites de la labor preparatoria, organizadora y ejecutiva de la lucha por la independencia de Cuba, para alcanzar otros empeños no menos trascendentes. Así, en el ideario martiano no solo encuentra el cubano —de ayer, de hoy y de mañana— normas políticas, siempre oportunas, para la consolidación y el engrandecimiento de la República, sino que Martí ofrece también, al cubano en particular y al hispanoamericano en general, consejos, advertencias y enseñanzas de inapreciable valor para encauzar y mantener las relaciones de los países hispanoamericanos entre sí y con la América anglosajona, advirtiéndoles de los peligros, asechanzas y males que para la América Hispana encierran la absorción y explotación política y económica de sus pueblos por los Estados Unidos: es decir, el imperialismo yanqui.

Y si bien los precursores de nuestra independencia y los revolucionarios de 1868 aspiraron a contar, en algún momento, con el apoyo de Norteamérica, Martí, muy por el contrario, con un conocimiento minucioso y clarísimo de la historia de los Estados Unidos, del carácter de sus gobernantes, de la política desenvuelta por estos en lo interno y en lo internacional, de las ambiciones sin límites de sus hombres de negocios, de las virtudes y defectos, vicios y males de su pueblo; y sabedor, al mismo tiempo, de la historia e idiosincrasia de los pueblos de la América nuestra, señaló, precisa y certeramente, a los cubanos qué actitud convenía que adoptaran con la América anglosajona, durante la revolución por la independencia, primero, y después en la República, y cuáles eran los lazos que debían unirnos a los pueblos de Hispanoamérica.

Desde Nueva York, el 16 de noviembre de 1889, y aprovechando la oportunidad que le ofrece la celebración de la Primera Conferencia Panamericana, convocada y dominada por el Gobierno de Washington, le pondera a su amigo Serafín Bello los irreparables males que para el futuro de Cuba representa la reunión en Washington

[...] de ese Congreso de naciones americanas, donde, por grande e increíble desventura, son tal vez más las que se disponen a ayudar al gobierno de los E. Unidos a apoderarse de Cuba, que los que comprenden que les va su tranquilidad y acaso lo real de su independencia, en consentir que se quede la llave de la otra América en estas manos extrañas. Llegó ciertamente para este país, apurado por el proteccionismo, la hora de sacar a plaza su agresión latente, y como ni sobre México ni sobre Canadá se atreve a poner los ojos, los pone sobre las islas del Pacífico y sobre las Antillas, sobre nosotros. Podríamos impedirlo, con habilidad y recursos; que los arranques y la claridad de juicio, pueden, con buen manejo, vencer a la fuerza.

En carta a Gonzalo de Quesada y Aróstegui, de 29 de octubre del mismo año, enjuicia esas conferencias panamericanas y ese panamericanismo de factura oficial yanqui, porque de ellos está convencido que “nada práctico puede salir, a no ser lo que

convenga a los intereses norteamericanos, que no son, por de contado, los nuestros”, se opone a que el caso cubano se lleve a dicha primera Conferencia Panamericana, a fin de “no sentar el precedente de poner a debate nuestra fortuna, en un cuerpo donde, por su influjo de pueblo mayor, y por el aire del país, han de tener los Estados Unidos parte principal”. Y expresa su terminante negativa a toda participación de Norteamérica en la batalla por la independencia de Cuba; su convicción de la imposibilidad de “que la nación que por geografía, estrategia, hacienda y política necesita de nosotros, nos saque con sus manos de las del gobierno español, y luego nos dé, para conservarla, una libertad que no supimos adquirir, y que podemos usar en daño de quien nos la ha dado”, porque, agrega:

[...] una vez en Cuba los Estados Unidos, ¿quién los saca de ella? Ni ¿por qué ha de quedar Cuba en América, como según este precedente quedaría, a manera, —no del pueblo que es, propio y capaz—, sino como una nacionalidad artificial, creada por razones estratégicas? Base más segura quiero para mi pueblo.

Y califica cualquier proyecto emancipador en que se dé participación a los Estados Unidos de un modo directo de anexión.

Y el 14 de diciembre de ese año, le escribe de nuevo a Gonzalo de Quesada y Aróstegui:

Sobre nuestra tierra, Gonzalo, hay otro plan más tenebroso que lo que hasta ahora conocemos y es el inicuo de forzar a la Isla, de precipitarla a la guerra, para tener pretexto de intervenir en ella, y con el crédito de mediador y de garantizador quedarse con ella. Cosa más cobarde no hay en los anales de los pueblos libres: ni maldad más fría. ¿Morir, para dar pie en qué levantarse a estas gentes que nos empujan a la muerte para su beneficio? Valen más nuestras vidas, y es necesario que la Isla sepa a tiempo esto. ¡Y hay cubanos, cubanos, que sirven, con alardes disimulados de patriotismo, estos intereses!

No hay un solo documento ni trabajo de Martí en que aparezca, ni siquiera insinuado, que contara con el apoyo material de los Estados Unidos para la realización de su ideal libertador.

Y no podía contar con ellos, porque los conocía suficientemente, según ya anticipamos, como potencia que iniciaba entonces su imperialismo fatal y avasallador. Y, además, y sobre todo, porque pensaba, como hemos de comprobar más adelante, que la independencia de Cuba y Puerto Rico debería servir, no tan solo para la felicidad de estas dos islas, sino para otro fin de trascendencia continental: impedir el desbordamiento del imperialismo yanqui sobre América Hispana y sobre el mundo.

Martí vivió largos años en los Estados Unidos, y en diversas ocasiones recorrió muchas de sus grandes y pequeñas poblaciones; casi toda su propaganda revolucionaria la hizo desde territorio norteamericano; trató a sus hombres humildes y poderosos, estudió sus costumbres, su carácter, su política. Cuando habla, pues, de los Estados Unidos, lo hace con pleno conocimiento de causa y sin apasionamientos ni prejuicios. “Viví en el monstruo —dice en carta a Manuel Mercado, de 18 de mayo de 1895, la víspera de morir—, y le conozco las entrañas; y mi honda es la de David”.

Iniciador y propulsor de la revolución contra España y profundamente convencido de que “la separación de España es el único remedio a los males cubanos”, según frase de su manifiesto de 1893, El Partido Revolucionario a Cuba (*Patria*, 27 de mayo), insistentemente reiterada en muchos trabajos, no tuvo nunca, sin embargo, ni una sola palabra de rencor o animadversión para España ni para los españoles.

Es indispensable tener muy en cuenta que —según el certero juicio del insigne dominicano Américo Lugo, expresado en el prólogo de la selección de trabajos martianos que publicó el año 1910, con el título de *Flor y lava*— si en la lucha librada por Martí para independizar a Cuba de España, “el pueblo español salía ileso de sus ataques al gobierno”, lo que llevó a la ilustre chilena Gabriela Mistral a calificarlo de “el luchador sin odio”, no es menos exacto que su palabra y su pluma —que han de flagelar a la plutocracia yanqui, en su afán sin límites de ganancia por todos los medios, y al imperialismo explotador desatado por la mayoría de sus políticos y gobernantes— supieron reconocer y proclamar las virtudes que descubrió en el pueblo norteamericano.

Pero, como ya dijimos, no cuenta con la ayuda oficial norteamericana para llevar adelante la revolución. Cuando se dirige a Norteamérica, solo lo hace a su pueblo y en esta forma (Al Director del *New York Herald*, 2 de mayo de 1895):

Al pueblo de los Estados Unidos mostramos en silencio, para que haga lo que deba, estas legiones de hombres que pelean por lo que pelearon ellos ayer, y marchan sin ayuda a la conquista de la libertad que ha de abrir a los Estados Unidos la Isla que hoy le cierra el interés español.

Solo que, entiéndase bien, abrirles no es entregarles, ni es esperar auxilio de ellos a cambio de futuras concesiones, que ya él sabe perfectamente cuáles fueron la actitud y las miras yanquis con Cuba desde Jefferson hasta los comienzos de la revolución del 95; abrirles significaba para Martí que la República conquistada por la Revolución será “un pueblo libre en el trabajo abierto a todos”, como afirma en el Manifiesto de Montecristi.

¡Y qué bien conoce las entrañas del monstruo...!

Luego de haber dicho su primera entusiasta sorpresa ante la novedad política y social que entonces representaban los Estados Unidos, bien pronto supo ahondar en los aspectos sombríos de aquella realidad.

El Norte —expresa en “La crisis y el Partido Revolucionario Cubano” (*Patria*, 19 de agosto de 1893)—:

ha sido injusto y codicioso: ha pensado más en asegurar a unos pocos la fortuna que en crear un pueblo para el bien de todos; ha mudado a la tierra nueva americana los odios todos y todos los problemas de las antiguas monarquías; aquí no calma ni equilibra al hombre el misterioso respeto a la tierra en que nació, a la leyenda cruenta del país, que en los brazos de sus héroes y en las llamas de su gloria funde al fin a los bandos que se lo disputan y asesinan: del Norte, como de tierra extranjera, saldrán en la hora del espanto sus propios hijos. En el Norte no hay amparo ni raíz. En el Norte se agravan los problemas, y no existen la caridad y el patriotismo que los pudieran resolver. Los hombres no aprenden aquí a

amarse, ni aman el suelo donde nacen por casualidad, y donde bregan sin respiro en la lucha animal y atribulada por la existencia. Aquí se ha montado una máquina más hambrienta que la que puede satisfacer el universo ahíto de productos. Aquí se ha repartido mal la tierra; y la producción desigual y monstruosa, y la inercia del suelo acaparado, dejan al país sin la salvaguardia del cultivo distribuido, que da de comer cuando no da para ganar. Aquí se amontonan los ricos de una parte y los desesperados de otra. El Norte se cierra y está llenos de odios...

Rechaza Martí enérgicamente toda injerencia norteamericana en el gobierno de nuestra patria, ya constituida en república, por no considerar a los yanquis con autoridad moral para ser nuestros mentores ni nuestros guías; ni el ejemplo de su vida republicana es digno de ser tenido en cuenta por nosotros, ni mucho menos imitado. Así lo proclama en su discurso de 10 de octubre de 1890 en Hardman Hall:

No nos llega la flojedad del ánimo, ni la ignorancia supina, ni el hábito de la servidumbre, hasta declarar de puro olimpo que no podremos gobernarnos el día en que hayamos ganado nuestra libertad, sino que hemos de llamar a nuestra casa, para que nos gobierne, a un vecino que, al día siguiente de su independencia, emplumó en la plaza pública a sus adversarios vencidos, apedreó por las calles a los jueces, creó con sus militares una orden secreta de nobleza, marchó con el ejército armado contra el Congreso Nacional, desobedeció y echó de sus sillas al Congreso, levantó por los celos de aldea y el interés un Estado contra otro, se apasionó en sus disputas al extremo de decidir el asesinato de los padres de la República, y firmó sin compasión la carta de su libertad sobre la espalda de sus esclavos!

Prevé las influencias que la aparatosa civilización norteamericana podrá, tal vez, ejercer en los cubanos, y les da la voz de alarma, haciéndoles ver la verdad que él ha descubierto de ella (“La religión en los Estados Unidos”, correspondencia a *La Nación*, 8 de abril de 1888):

En los Estados Unidos —aclara— la virtud va por todas partes quedándose atrás, como poco remunerativa; que la libertad más amplia, la prensa más libre, el comercio más próspero, la naturaleza más variada y fértil no bastan a salvar las repúblicas que no cultivan el sentimiento, ni hallan condición más estimable que la riqueza.

Y sobre el peligro y la amenaza que ellos constituyen para la libertad de Cuba y de las repúblicas de nuestra raza afirma en su correspondencia a *La Nación*, de 3 de enero de 1887 que figura con el título de “Sobre los Estados Unidos”:

La libertad propia se ha hecho sangre en estos hijos de casta puritana; pero, ingleses al fin, sólo para violarla les parece bien la libertad ajena. En la nariz excesivamente aguileña se le ve la rapacidad a la casta.

En su trabajo “Vindicación de Cuba”, publicado en inglés en *The Evening Post* de New York, el 2 de marzo de 1889 dice a los cubanos, reafirmando esos consejos que acabamos de copiar, cómo no deben jamás rendir vasallaje, ni someterse, ni humillarse a los Estados Unidos:

Ningún cubano honrado se humillará hasta verse recibido como un apestado moral, por el mero valor de su tierra, en un pueblo que niega su capacidad, insulta su virtud y desprecia su carácter. Hay cubanos que por móviles respetables, por una admiración ardiente al progreso y la libertad, por el presentimiento de sus propias fuerzas en mejores condiciones políticas, por el desdichado desconocimiento de la historia y tendencias de la anexión, desearían ver la Isla ligada a los Estados Unidos...

Pero no pueden creer honradamente que el individualismo excesivo, la adoración de la riqueza, y el júbilo prolongado de una victoria terrible, estén preparando a los Estados Unidos para ser la nación típica de la libertad, donde no ha de haber opinión basada en el apetito inmoderado de poder, ni adquisición o triunfos contrarios a la bondad y a la justicia. Amamos a la patria de Lincoln tanto como tememos a la patria de Cutting.

Cuida Martí de refutar a aquellos —cubanos y españoles— que por dudar de la capacidad cubana para el gobierno propio, consideran que la capacidad se podrá lograr con la tutela de los Estados Unidos, según afirma en “El remedio anexionista” (*Patria*, 2 de julio de 1892).

No pudo la mente de Martí concebir nunca la idea de pagar el odio vano y contraproducente a Norteamérica. La situación especialísima de Cuba en lo geográfico y lo económico, obligaba a la amistad y a las cordiales relaciones con los Estados Unidos, pero sin lazos funestos de vasallaje y dependencia, ni políticos ni económicos.

Para adoptar y mantener esta actitud, Cuba necesitaba darse a respetar. En su artículo “La protesta de Thomasville”, de *Patria*, 27 de enero de 1894, dice: “Ni pueblos ni hombres respetan a quien no se hace respetar...”

Y en su carta a Gerardo Castellanos de 9 de agosto de 1892, hace ver Martí que no pretende que seamos enemigos de los Estados Unidos, sino que piensa que “debemos tener la firme decisión de merecer y solicitar y obtener su simpatía, sin la cual la independencia será muy difícil de lograr, y muy difícil de mantener”; amistad que no puede significar, ni para Cuba ni para los demás pueblos de nuestra América, sometimiento a una nación como “el Norte revuelto y brutal, que los desprecia”, según escribió a Manuel Mercado en la última carta que salió de su pluma, el 18 de mayo de 1895.

Juzga, y juzga bien, que

[...] no hay más modo seguro y digno de obtener la amistad del pueblo norteamericano que sobresalir ante sus ojos en sus propias capacidades y virtudes. Los hombres que tienen fe en sí, desdeñan a los que no se tienen fe; y el desdén de un pueblo poderoso es mal vecino para un pueblo menor. A fuerza de igualdad en el mérito, hay que hacer desaparecer la desigualdad en el tamaño. Adular al fuerte y empequeñecerse es el modo certero de merecer la punta de su pie más que la palma de su mano. La amistad, indispensable, de Cuba y los Estados Unidos, requiere la demostración continua por los cubanos de su capacidad de crear, de organizar,

de combinarse, de entender la libertad y defenderla, de entrar en la lengua y hábitos del Norte con más facilidad y rapidez que los del Norte en las civilizaciones ajenas. Los cubanos viriles y constructores son los únicos que verdaderamente sirven a la amistad durable y deseable de los Estados Unidos y de Cuba.⁵⁷

En lo continental

En su admirable ensayo “Nuestra América” (*El Partido Liberal*, México, 30 de enero de 1891), Martí proclama su fervoroso amor a la gran patria continental, que para él es Hispanoamérica, dejándonos expresados en breves y contundentes pronunciamientos el acucioso y comprensivo examen de sus necesidades más urgentes de satisfacer y de la forma en que deben ser gobernados cada uno de sus pueblos, a fin de consolidar la independencia lograda de España, de alcanzar la permanente estabilidad y el engrandecimiento de las Repúblicas ya constituidas y poder rechazar los peligros de la absorción y explotación de las mismas por parte de “la otra América”: Norteamérica.

Si aquel otro luminoso pronunciamiento de Martí, que tomamos de uno de sus cuadernos de apuntes legados a Gonzalo de Quesada, revela, en certera síntesis, como ya expusimos, su programa revolucionario y republicano cubano, los pronunciamientos de este y otros muchos trabajos que inmediatamente glosaremos, dan a conocer el sentido y alcance de su americanismo. Y juzga que, de igual modo que a Cuba, también a todos los demás pueblos hispanoamericanos les es indispensable, para lograr la consolidación de sus nacientes repúblicas, no sufrir la influencia, fatalmente nociva, en lo político y económico, de los Estados Unidos.

Su prédica americanista la fundamenta Martí en la existencia de dos Américas: una, Hispanoamérica, su América, a la que exalta amorosamente llamándola “Nuestra América”, y

⁵⁷ Cita de Gonzalo de Quesada y Aróstegui en la página 6, del vol. VI, *Hombres*, de la colección de *Obras de Martí*.

“Madre América”; y frente a ella, y contra ella, la América sajona, “la otra América”.

Cada vez que Martí hace el paralelo entre ambas Américas —la hispana y la anglosajona— no puede ser más claro y explícito, ni realizar defensa más elocuente de los pueblos de la América nuestra, ni señalar de manera más precisa cuál ha de ser la conducta que debemos observar con los poderosos vecinos del Norte.

En América —declara en su trabajo “Honduras y los extranjeros”, ya citado— hay dos pueblos, y no más que dos, de alma muy diversa por los orígenes, antecedentes o costumbres, y sólo semejantes en la identidad fundamental humana. De un lado está nuestra América, y todos sus pueblos son de una naturaleza y de cuna parecida o igual mezcla imperante; de la otra parte está la América que no es nuestra, cuya enemistad no es cuerdo ni viable fomentar, y de la que, con el decoro firme y la sagaz independencia, no es imposible y es útil ser amigo.

A las dificultades y revoluciones que sufren nuestros pueblos, él sabe darles su justa importancia y significación, rechazando el contraproducente e interesado apoyo que, a título de protectores y mentores, nos imponen los Estados Unidos, según lo precisa en “Las guerras civiles en Sudamérica” (*Patria*, 22 de septiembre de 1894).

En su citado ensayo “Nuestra América”, estudia, como pocos han sabido estudiarlos, los males que padece nuestra América, les descubre las causas y les señala los remedios, revelando al hacerlo su corazón de hijo amoroso y comprensivo de la gran patria hispanoamericana. Dándose cuenta perfecta de la vitalidad asombrosa que América encierra, de las virtudes y los defectos de sus hijos, de las dificultades de todo orden que en su desenvolvimiento han encontrado nuestros pueblos y de lo poco comprendidos que son, afirma: “De factores tan descompuestos, jamás, en menos tiempo histórico, se han creado naciones tan adelantadas y compactas”.

Conocer los distintos elementos que componen cada pueblo, las fuentes de riquezas y producción naturales de cada país,

el carácter y las necesidades materiales y espirituales de sus hijos, piensa Martí, y piensa acertadamente, que es lo primero que se necesita para gobernar nuestras repúblicas, y después, no querer gobernarlas con leyes, constituciones y sistemas de otros países totalmente distintos: “El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país”.

Es necesario contar con los elementos populares nativos y con ellos crear cada nacionalidad. Por no hacerlo así, o por desdenarlos o explotarlos, ha padecido y padece Hispanoamérica tiranías, despotismo y dictaduras:

Las repúblicas han purgado en las tiranías su incapacidad para conocer los elementos verdaderos del país, derivar de ellos la forma de gobierno y gobernar con ellos. Gobernante, en un pueblo nuevo, quiere decir creador.

Para gobernar, hay que aprender el desempeño de esta función política, y el arte de gobierno requiere el conocer los factores reales del país, decir la verdad bien alto, de vicios y defectos, no ocultarlos hipócritamente envueltos en un manto de falso e interesado patriotismo. Así lo ve y lo aconseja Martí en este luminoso trabajo que estamos glosando.

Amar, comprender, criticar, crear; con ello piensa Martí, como lo pensaba Rivadavia, que “estos países se salvarán”:

Ni el libro europeo, —dice en el mismo trabajo— ni el libro yanqui, daban la clave del enigma hispanoamericano...

El vino, de plátano; y si sale agrio, ¡es nuestro vino! Se entiende que las formas de gobierno de un país han de acomodarse a sus elementos naturales; que las ideas absolutas, para no caer por un yerro de forma, han de ponerse en formas relativas; que la libertad, para ser viable, tiene que ser sincera y plena; que si la república no abre los brazos a todos y adelanta con todos, muere la república...

Estrategia es política. Los pueblos han de vivir criticándose, porque la crítica es la salud; pero con un sólo pecho

y una sola mente. ¡Bajarse hasta los infelices y alzarlos en los brazos ! ¡ Con el fuego del corazón deshelar la América coagulada! ¡Echar, bullendo y rebotando, por las venas, la sangre natural del país!...

No podía Martí dejar de señalar en ese mismo trabajo, que, como hemos indicado, constituye un verdadero programa de buen gobierno para los pueblos hispanoamericanos —lo que vimos anteriormente juzgaba el máximo peligro de nuestra América: la absorción económica y política por los Estados Unidos, en aquellos tiempos iniciada, y desde hace años en marcha triunfante y arrolladora, en su fase o etapa final y superior del capitalismo imperialista.

Pero otro peligro corre, acaso, nuestra América —termina Martí—, que no le viene de sí, sino de la diferencia de orígenes, métodos e intereses entre los dos factores continentales, y es la hora próxima en que se le acerque, demandando relaciones íntimas, un pueblo emprendedor y pujante que la desconoce y la desdeña...

El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe. Por ignorancia llegaría, tal vez, a poner en ella la codicia. Por el respeto, luego que la conociese, sacaría de ella las manos. Se ha de tener fe en lo mejor del hombre y desconfiar de lo peor de él. Hay que dar ocasión a lo mejor para que se revele y prevalezca sobre lo peor. Si no, lo peor prevalece. Los pueblos han de tener una picota para quien les azuza a odios inútiles; y otra para quien no les dice a tiempo la verdad.

Este peligro de la absorción y explotación de Hispanoamérica por los Estados Unidos lo presenta y estudia Martí, además de en Nuestra América, en otros muchos trabajos, y constituyó, como veremos más adelante, el eje y la base de su labor revolucionaria en pro de la independencia de Cuba y Puerto Rico.

En el prólogo de sus *Versos Sencillos*, pinta su angustia de solo pensar que los pueblos hispanoamericanos sean domina-

dos por los Estados Unidos o sometidos a ellos, y de que Cuba se incline a la América anglosajona, en lugar de hacerlo a la hispana. Y recuerda que escribió esos versos en “aquel invierno de angustia en que por ignorancia, o por fe fanática, o por miedo, o por cortesía, se reunieron en Washington, bajo el águila temible, los pueblos hispanoamericanos”.

Dada la gravedad excepcional que para Martí tiene ese convite de Norteamérica a Hispanoamérica, considera necesario lanzar la voz de alerta a los pueblos y a los hombres de pensamiento y acción de su “Madre América” —su autorizada prédica americanista, que no era la de un desconocido, ni la de un improvisado e irresponsable demagogo agitador de las masas, sino la de un ciudadano de “su” América, bien reconocido y respetado por el fulgor de su genio y la limpieza absoluta de sus intenciones— seguro como estaba de que no arararía en el mar ni clamaría al viento.

(Y es esta oportunidad preciosa para dejar constancia de que Martí era, en estos tiempos anteriores a la plasmación definitiva en el Partido Revolucionario Cubano de sus empeños libertadores, no solo mucho más conocido que en su patria y por sus compatriotas, en las demás patrias hispanoamericanas y por los hijos de estas tierras hermanas de la suya, debido a su actuación política, educativa y cultural en muchas de ellas, y a sus numerosísimos trabajos publicados en la prensa de esos países, sino también profundamente admirado como mentor y guía de los hombres libres del Continente).

Según comenzamos a referir, Martí lanzó su palabra admonitoria contra ese proyecto de Congreso Panamericano, que juzgó un instrumento de dominación imperialista yanqui, con dos correspondencias enviadas el 2 de noviembre de aquel año a *La Nación*, de Buenos Aires, y que fueron publicadas en dicho importantísimo periódico argentino los días 19 y 20 de diciembre, con el título de “Congreso Internacional de Washington”.

En ellas apenas roza el problema cubano, dirigiéndose primordialmente a las naciones hispanoamericanas ya constituidas en Estados.

Les muestra —sin exageraciones, pero también sin atenuaciones— la realidad del peligro que las amenaza.

Les recuerda que los Estados Unidos se abstuvieron de colaborar a la independencia de los pueblos hispanoamericanos.

Así como también, que ya al federarse, pusieron al descubierto sus ansias de dominación continental; y que los intereses politiqueros capitalistas de los caciques de las diversas regiones hicieron imposible el intercambio comercial con Hispanoamérica.

Plantea a los gobiernos y pueblos hispanoamericanos que es absurdo esperar que en esa reunión interamericana se puedan alcanzar resultados beneficiosos, pues los Estados Unidos no se han anticipado, con oportunas rectificaciones, a ofrecer garantías de un nuevo y justo trato para con sus vecinos de habla española.

Dos años más tarde, en 1891, tratando Martí (en *La Revista Ilustrada*, de Nueva York, número de mayo) de la Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América, a la que concurrió como representante de la república del Uruguay, rechaza toda posibilidad de que se trate de recomendar, defender y hasta llevar a la práctica como útil y salvadora para la América hispana, y para Cuba en particular, la concertación con la América anglosajona, de pactos de alianza política y convenios de reciprocidad comercial. El estudia estos problemas, señala sus peligros y da consejos que desgraciadamente no han sabido aprovechar muchas de las naciones hispanoamericanas, ni sus propios compatriotas en la vida republicana. Oigámosle:

Ningún pueblo hace nada contra su interés, de lo que se deduce que lo que un pueblo hace es lo que está en su interés. Si dos naciones no tienen intereses comunes, están aún en los vuelcos de la gestación, no pueden unirse sin peligro con los que buscan un remedio al exceso de productos de una población compacta y agresiva, y un desagüe a sus turbas inquietas, en la unión con los pueblos menores. [...] ¿Qué pueden ofrecer los Estados Unidos a los pueblos hispanoamericanos en ejemplos morales y en beneficios materiales?

Para Martí, según expone en el citado trabajo:

Ni el que sabe y vé puede decir honradamente, —porque eso sólo lo dice quien no sabe y no vé, o no quiere por su provecho ver ni saber—, que en los Estados Unidos prepondere hoy siquiera, aquel elemento más humano y viril, aunque siempre egoísta y conquistador, de los colonos rebeldes, ya segundones de la nobleza, ya burguesía puritana, sino que este factor, que consumió la raza nativa, fomentó y vivió de la esclavitud de otra raza y redujo o robó los países vecinos, se ha acendrado, en vez de suavizarse, con el ingerto continuo de la muchedumbre europea, cría tiránica del despotismo político y religioso, cuya única cualidad común es el apetito acumulado de ejercer sobre los demás la autoridad que se ejerció sobre ellos. Creen en la necesidad, en el derecho bárbaro, como único derecho: Esto será nuestro, porque lo necesitamos”. Creen en la superioridad incontrastable de “la raza anglosajona contra la raza latina”. Creen en la bajeza de la raza negra, que esclavizaron ayer y vejan hoy, y de la india, que exterminan. Creen que los pueblos de Hispanoamérica están formados, principalmente, de indios y de negros. Mientras no sepan más de Hispanoamérica los Estados Unidos y la respeten más, —como con la explicación incesante, urgente, múltiple, sagaz, de nuestros elementos y recursos, podrían llegar a respetarla—, ¿pueden los Estados Unidos convidar a Hispanoamérica a una unión sincera y útil para Hispanoamérica? ¿Conviene a Hispanoamérica la unión política y económica con los Estados Unidos?

A Hispanoamérica, a Cuba, se contesta Martí, no le conviene esa unión con los Estados Unidos, porque lo que necesitan los pueblos hispanoamericanos, es conservar o conquistar su independencia económica. De no hacerlo así, dejarán de ser libres políticamente:

Quien dice unión económica, dice unión política. El pueblo que compra, manda. El pueblo que vende, sirve. Hay que equilibrar el comercio para asegurar la libertad. El pueblo que quiere morir, vende a un solo pueblo. Y el que quiere salvarse, vende a más de uno. El influjo

excesivo de un país en el comercio de otro se convierte en influjo político. La política es obra de los hombres, que rinden sus sentimientos al interés, o sacrifican al interés una parte de sus sentimientos. Cuando un pueblo fuerte da de comer a otro, se hace servir de él. Cuando un pueblo fuerte quiere dar batalla a otro compele a la alianza y al servicio a los que necesitan de él. Lo primero que hace un pueblo para llegar a dominar a otro, es separarlo de los demás pueblos. El pueblo que quiera ser libre, sea libre en negocios. Distribuya sus negocios entre países igualmente fuertes. Si ha de preferir a alguno, prefiera al que lo necesite menos, al que lo desdeñe menos. Ni uniones de América contra Europa, ni con Europa contra un pueblo de América. El caso geográfico de vivir juntos en América no obliga, sino en la mente de algún candidato o algún bachiller, a unión política. El comercio va por las vertientes de tierra y agua y detrás de quien tiene algo que cambiar por él, sea monarquía o república. La unión con el mundo, y no con una parte de él; no con una parte de él, contra otra. Si algún oficio tiene la familia de repúblicas de América, no es ir de arria de una de ellas contra las repúblicas futuras.

Aunque es muy difícil, si no imposible, por la riqueza inagotable que todas encierran, destacar en primer término esta o aquella página en la obra política de Martí, hemos considerado siempre la que acabamos de copiar como la más singularmente reveladora del estadista genial que hay en José Martí. Los consejos y las enseñanzas que en esa página admirable ofrece a los cubanos, y a todos los pueblos de América, son siempre actuales y constituyen el más completo y sintético programa de gobierno y administración para nuestra República. Cada vez que nuestro país sufre, por obra y desgracia de la absorción imperialista yanqui, dificultades, caídas, crisis, que nos hundan más y más en la triste condición de colonia factoría, nos parece increíble que todo ello pueda ocurrirnos habiendo sido tan fácil evitarlo con solo seguir la norma de conducta, que para lo interno y lo internacional, Martí nos dejó trazada en esa

maravillosa página de su incomparable estudio sobre la “Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América” en 1891.

Muchas de las ideas contenidas en esta página aparecen expuestas por Martí en otros trabajos de épocas posteriores, y no faltan, ya dirigidos de manera expresa a sus compatriotas, esos consejos y enseñanzas, en el manifiesto que como Delegado del Partido Revolucionario, publicó en *Patria* el 27 de mayo de 1893, con el título “El Partido Revolucionario a Cuba”, documento tan notable o más que su posterior *Manifiesto de Montecristi*.

En lo internacional

El mismo día —25 de marzo de 1895— en que, ya al partir para los campos de Cuba Libre, Martí firma, en Montecristi, con Máximo Gómez, el manifiesto-programa de la Revolución que es conocido por el nombre de esa población dominicana, escribe a su fraternal amigo Federico Henríquez y Carvajal, la carta que es considerada como su testamento político.

Complemento de este, es la carta que Martí redactó, y no pudo terminar, en el Campamento de Dos Ríos, el 18 de mayo de ese mismo año, dirigida a su también amigo fraternal, el mexicano Manuel Mercado.

En estas dos cartas se encuentra sintetizado lo que constituye, a nuestro juicio, el aspecto más trascendental de toda la obra política y revolucionaria de José Martí, empeño singularísimo que lo transforma, de libertador de Cuba, en libertador de la América Hispana, en estadista genial de todo el Continente, que se propone, con la emancipación de Cuba y Puerto Rico, no solo arrancar del poderío español esas dos islas, sino equilibrar con la independencia de ambas el Nuevo Mundo, convirtiéndolas, hechas ya naciones libres, en valladar que impidiera el desbordamiento del imperialismo yanqui sobre los pueblos de Hispanoamérica y sobre el mundo.

Y esa extraordinaria labor internacionalista que Martí se propone llevar a cabo al organizar la revolución de 1895 por la libertad de Cuba y Puerto Rico explica muchos puntos, al parecer oscuros, de sus trabajos y de su actuación.

Vemos cumplidamente demostrado que no es sentimentalismo hispanoamericanista o antillano el que le mueve a propiciar, conjuntamente con la independencia de Cuba, la de Puerto Rico, sino necesidad imperiosa para el desarrollo de su genial programa político. Quiere constituir en el estratégico lugar en que la naturaleza las situó, dos naciones, aunque pequeñas territorialmente consideradas, fuertes por su grado de cultura y de civilización, respetadas de las demás, por saberse respetar a sí mismas, campos de verdadera democracia, gobernadas celosamente por hombres austeros y capaces, elegidos sin artimañas ni imposiciones por la mayoría de los electores, verdaderos y conscientes ciudadanos.

Fue Américo Lugo —el preclaro dominicano que puso siempre su pluma al servicio de las nobles causas continentales, rompiendo lanzas cada vez que lo juzgó necesario en pro de la libertad y la justicia para los hombres y los pueblos y contra toda clase de imposiciones, atropellos y explotaciones, dictaduras e imperialismos— el primero, entre los escritores martistas, que señaló y ponderó, como lo más trascendental de toda la obra de Martí, lo político y revolucionario, y de esto, su americanismo internacionalista. En el magnífico ensayo que es su prólogo a la primera antología martiana publicada, el año 1910, en París —*Flor y lava*— proclama:

Martí fue patriota en la más alta acepción de la palabra. Amó locamente a su patria; pero el fuego de su cariño se desbordaba sobre las Antillas y sobre toda la América Latina. Para él, el Continente entero era un solo pueblo [...]. Patria suya era toda la América [...]. Libertó a Cuba no por mero patriotismo nacional: este afecto sagrado resulta mezquino ante el amor que inflamaba a Martí por la humanidad entera y del cual su americanismo y su cubanismo son luminosísimos reflejos...

A Américo Lugo debemos el haber orientado en ese sentido americanista e internacionalista nuestros estudios martianos, y buscado al hombre para mejor encontrar al estadista, al genio, al libertador, ayer y hoy, no solo de Cuba, sino de las Antillas, de América y del mundo.

Este carácter internacionalista y antimperialista que caracteriza la lucha revolucionaria de Martí en pro de la independencia de Cuba, fuimos los primeros en señalarlo en nuestra patria, al ofrecer, el 17 de marzo de 1927, desde la tribuna de la Sociedad Cubana de Derecho Internacional, una conferencia titulada Nacionalismo e Internacionalismo de Martí. Y, desde entonces, hemos publicado numerosos trabajos periodísticos, dictado conferencias, y escrito ensayos recogidos en la prensa y el libro, destinados a estudiar y divulgar los múltiples pronunciamientos martianos en que se revela esta característica trascendental de su obra política.

Julio Antonio Mella —amigo y compañero inolvidable de luchas antimperialistas— en artículo publicado en el mes de abril de aquel año de 1927 en la revista *América Libre*, tocó breve, pero certeramente, el internacionalismo de Martí, y anunció el propósito de ahondar sobre tan sugestivo tema, lo que le impidió llevar a cabo su prematura muerte, a manos, precisamente, del asesino a sueldo de un lacayo —Gerardo Machado— del imperialismo yanqui, por este sostenido en una sanguinaria dictadura, y por este arrojado del poder cuando dejó de ser útil a los propósitos de absorción y explotación política y económica de nuestra República, que habían motivado el apoyo del Estado norteamericano.

En su apostolado y en su martirio, Martí es un precursor de la lucha antimperialista contemporánea.

Martí no pudo abarcar en todas sus modalidades el fenómeno imperialista moderno, por la sencilla razón de que en la época que realizó su campaña revolucionaria por la independencia de Cuba y Puerto Rico, no se había producido aún el imperialismo como fase monopolista del capitalismo, ni Norteamérica era aún gran potencia imperialista, en el sentido actual del término, aunque tenía desde 1805 puestas sus miras sobre Cuba, por razones de rivalidad política y comercial con Inglaterra y a causa de la situación geográfica de la Isla, inmediata a las costas de la Unión.

Martí, sin comprobar, porque aún no existía, el fenómeno imperialista moderno, previo su advenimiento, y dándose cuenta de

la especialísima situación geográfica y económica de las Antillas, en relación con los Estados Unidos, no cuenta jamás con estos para llevar a cabo su labor libertaria, no por odio o animadversión a Norteamérica y sus hijos, sino porque, conocedor profundo de las “entrañas del monstruo”, y de la idiosincrasia de nuestros países, quiere impedir que los Estados Unidos se apoderen de las Antillas, y dueños de ellas invadan con su imperialismo, la América y el mundo.

De tener carácter exclusivamente nacionalista la obra de Martí, le hubiera bastado conquistar la independencia para su patria nativa; pero se propuso, a la vez y conjuntamente, la libertad de Puerto Rico, para no dejar en manos de España esa tierra antillana y en peligro inminente de caer en poder de Norteamérica, lo que habría frustrado sus propósitos antimperialistas.

Esa extraordinaria, no igualada, y apenas comprendida visión política de Martí, la descubrimos, arraigada ya en su pensamiento, desde que comienza sus trabajos revolucionarios por la independencia de Cuba, comprobándose claramente que el ideal libertador cubano y el ideal antimperialista brotan hermanados en su mente y en su corazón, y hermanados marchan durante toda su actuación política.

En carta de 13 de septiembre de 1892, ya constituido el Partido Revolucionario Cubano, se dirige como Delegado del mismo a Máximo Gómez, pidiéndole ponga de nuevo su talento y su brazo al servicio de la revolución cubana y ofreciéndole el puesto de General en Jefe del Ejército Libertador. En esa carta no se olvida de expresarle al hombre que juzga el más capaz y el indispensable para realizar la revolución emancipadora, los propósitos claros y definidos que el Partido persigue con la independencia de Cuba y Puerto Rico.

Usted —le dice— que vive y cría a los suyos en la pasión de la libertad cubana, ni puede, por un amor insensato de la destrucción y de la muerte, abandonar su retiro respetado y el amor de su ejemplar familia, ni puede negar la luz de su consejo, y su enérgico trabajo, a los cubanos que, con su misma alma de raíz, quieren asegurar la in-

dependencia amenazada de las Antillas y el equilibrio y porvenir de la familia de nuestros pueblos en América.

En otras cartas al Generalísimo, que integran ese valioso *Epistolario*, encontramos reiteradas menciones de estos propósitos internacionales que caracterizan la labor revolucionaria de Martí.

En el artículo “Las Antillas y Baldorioty Castro” (*Patria*, 14 de mayo de 1892), refiriéndose a las Antillas, las ve como

[...] las tres islas que, en lo esencial de su independencia y en la aspiración del porvenir, se tienden los brazos por sobre los mares y se estrechan ante el mundo, como tres tajos de un mismo corazón sangriento, como tres guardianes de la América cordial y verdadera, que sobrepujará al fin a la América ambiciosa, como tres hermanos [...] las tres Antillas que han de salvarse juntas, o juntas han de perecer, las tres vigías de la América hospitalaria y durable, las tres hermanas que de siglos atrás se vienen cambiando los hijos y enviándose los libertadores, las tres islas abrazadas de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo.

En el breve artículo sobre Domingo Estrada, de 18 de junio de 1892 en el periódico *Patria*, aparecen estas palabras, expresivas de sus altos ideales y fines políticos:

Es cubano todo americano de nuestra América, y en Cuba no peleamos por la libertad humana solamente; ni por el bienestar imposible bajo un gobierno de conquista y un servicio de sobornos; ni por el bien exclusivo de la isla idolatrada, que nos ilumina y fortalece con su simple nombre; peleamos en Cuba para asegurar, con la nuestra, la independencia hispanoamericana.

En un trabajo publicado en *Patria* el 12 de agosto de 1893 —“Un poema cubano. *Los arabescos de Eduino*, por José Antonio Calcaño”— al referirse a Venezuela, “donde nació América; donde un cura liberal, de un rayo de la palabra, abrió en dos y echó al mar la corona española”, deja constancia del propósito bolivariano —y suyo, como continuador de la obra americanista de Bolívar— de redondear el mundo que aquél engendró, “con

la libertad de las Antillas, peligro y rémora del Continente y de la paz universal mientras continúen esclavas”.

Examinando los trabajos y documentos de los últimos años, se comprueba cómo desde la fundación del Partido Revolucionario Cubano en 1892, hasta su muerte en los campos de batalla en Dos Ríos el 19 de mayo de 1895 Martí está totalmente consagrado a la obra libertadora, no meramente cubana, sino antillana, hispanoamericana e internacionalista por la que ofrenda su vida. Cuba, Puerto Rico, Las Antillas, Hispanoamérica, constituyen la preocupación constante e ininterrumpida de todos los minutos de estos los años postreros de su gloriosa y fecunda vida: liberar las dos islas mediante una revolución debidamente preparada sobre las bases del más fiel respeto a la voluntad popular, sin caudillismos ni autocratismos militares, sin precipitaciones ni improvisaciones, meditada con tiempo, estalada a tiempo; y que así nacidas estas dos nuevas repúblicas, libres de los tropiezos, las dificultades y las inestabilidades que padecieron en sus albores las repúblicas centro y sudamericanas, queden transformadas, desde los primeros días de vida libre, en naciones con fortaleza moral suficiente para que, resistiendo los embates de la codicia yanqui, se salven de la absorción económica de los Estados Unidos, y salven a las Antillas, a toda Hispanoamérica y al mundo. Por ello lucha, por ello muere, Martí. Es apóstol, héroe y mártir de nuestra independencia y de la de Hispanoamérica, y precursor de la lucha anticolonialista contemporánea.

En sus cartas y artículos de 1892 al 95 y en sus manifiestos de esta época se multiplican y se hacen cada vez más diáfanos las referencias de Martí al verdadero carácter y finalidad de sus empeños revolucionarios.

El nombre de Cuba va siempre unido al de Puerto Rico, porque, como dice en su artículo “El convite a Puerto Rico” (*Patria*, 14 de marzo de 1892), en el porvenir, como han sido una en el pasado, “el alma de Lares y el alma de Yara” y “unos son hoy en la preparación, como fueron ayer en la cárcel y el destierro, los cubanos y los puertorriqueños”. Por eso, “unos han de ser en la acción, para acelerar, con el esfuerzo doble, la libertad común”.

En sus instrucciones de 9 de mayo de 1892, enviadas a los presidentes de los Cuerpos de Consejo de Key West, Tampa y

New York, les aclara los motivos por los que ha aceptado el cargo de Delegado; entre los que figuran estos:

[...] porque, en la hora definitiva del ajuste y distribución de entidad entre los pueblos del Continente americano, da poder expreso para contribuir, con la independencia de los últimos pueblos esclavos de América, con el prestigio y laboriosidad del hombre libre en los pueblos que en ella se han de emancipar, al equilibrio y crédito, necesarios a la paz y justicia universales, de las naciones de lengua castellana en América; —porque permite a un cubano, puesto de alfombra de la libertad y de brazo del derecho, continuar la pelea de poner al hombre en el goce pleno de sí mismo, llevar a la patria el alma creadora de sus hijos ausentes, y seguir envidioso por la vía sembrada de mártires.

Es “para bien de América y del mundo”, por lo que el Partido Revolucionario Cubano convoca a la guerra, la organiza y la realiza. Y al constituirse el Cuerpo de Consejo de los siete clubs existentes en Veracruz, Martí publica en *Patria* de 19 de agosto de 1893 un artículo, “Otro Cuerpo de Consejo”, precisando la finalidad hispanoamericana de la revolución cubana, que a Cuba basta dar a conocer, para lograr la adhesión y cooperación de sus hermanas del Continente. “Cuba no anda —dice— de pedigüeña por el mundo: anda de hermana, y obra con la autoridad de tal. Al salvarse, salva. Nuestra América no le fallará, porque ella no falla a América”. No quiere Martí crearles conflictos a los pueblos hispanoamericanos, pero les advierte que no deben dejarse engañar por las falsas palabras de España ni olvidar un solo momento la trascendencia que para ellos tiene la independencia de las dos Antillas:

Las dos tierras de Cuba y Puerto Rico, son, precisamente, indispensables para la seguridad, independencia y carácter definitivo de la familia hispanoamericana en el continente, donde los vecinos de habla inglesa codician la clave de las Antillas para cerrar en ellas todo el Norte por el Istmo y apretar luego con todo este peso por el Sur. Si quiere libertad nuestra América, ayude a ser libres a Cuba y Puerto Rico.

Martí, con su visión de preclaro estadista conjeturó lo que las Antillas representarían en el futuro político y económico de la América hispana y los gravísimos peligros que para la libertad de sus pueblos existiría en el imperialismo yanqui, sobre todo el día que llegase a abrirse el istmo de Panamá uniendo los dos océanos, acontecimiento excepcionalmente trascendental que vio y pesó en todas sus fatales consecuencias para Hispanoamérica. Todo ello lo encontramos previsto en el importantísimo trabajo “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano”. El alma de la Revolución y el deber de Cuba en América, que aparece en *Patria* el 17 de abril de 1894.

No son meramente —afirma— dos islas floridas, de elementos aún disociados, lo que vamos a sacar a luz, sino a salvarlas y servirles de manera que la composición hábil y viril de sus factores presentes, menos apartados que los de las sociedades rencorosas y hambrientas europeas, asegure, frente a la codicia posible de un vecino fuerte y desigual, la independencia del archipiélago feliz que la naturaleza puso en el nudo del mundo, y que la historia abre a la libertad en el instante en que los continentes se preparan, por la tierra abierta, a la entrevista y al abrazo.

¿Qué papel debe estar reservado a las Antillas, debido a su posición geográfica? El papel que Martí les señaló y que quería desempeñasen en América y en el mundo, lograda la independencia de Cuba y Puerto Rico:

El fiel de América está en las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder —mero fortín de la Roma americana: y si libres—, y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora, —serían en el Continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio—, por desdicha, feudal ya, y repartido en secciones hostiles, —hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea

inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo.

Leyendo y meditando estas palabras de Martí de 1894, quédase uno deslumbrado ante la visión política de este hombre superior, que nos deja trazado en esas breves líneas todo el cuadro de la América de nuestros días; que prevé los acontecimientos de los años venideros y trata de encauzar la marcha del mundo, salvando a la América y a la humanidad del desastre pavoroso que ha de traerle el desbordamiento del imperialismo yanqui; que quiere impedir que Cuba y Puerto Rico se conviertan en “pontón” y “fortín” de la guerra imperialista que desencadenará el capitalismo norteamericano, y aspira a librar al propio pueblo de los Estados Unidos del deshonor y la ignominia con que han de mancharlo sus gobernantes, políticos y negociantes.

Obra esta tan trascendente como difícil de realizar. Martí lo comprende. Y así dice en el último trabajo citado:

No a mano ligera, sino como con conciencia de siglos, se ha de componer la vida nueva de las Antillas redimidas. Con augusto temor se ha de entrar en esa grande responsabilidad humana. Se llegará a muy alto, por la nobleza del fin; o se caerá muy bajo, por no haber sabido comprenderlo. Es un mundo lo que estamos equilibrando: no son dos islas las que vamos a libertar.

Ante la grandeza y trascendencia de esa obra, toda ella pendiente de lo que sean y cómo sean las futuras repúblicas de Cuba y Puerto Rico, Martí juzga que deben subordinarse y acallarse y desaparecer la vanidad, el interés, la envidia, de los hombres o de los grupos,

¡Cuán pequeño todo —exclama—, cuán pequeños los comadrazgos de aldea y los alfilerazos de la vanidad femenil, y la necia intriga de acusar de demagogia y de lisonja a la muchedumbre, esta obra de previsión continental, ante la verdadera grandeza de asegurar, con la dicha de los hombres laboriosos en la independencia de su pueblo, la amistad entre las secciones adversas de un continente, y evitar, con la vida libre de las Antillas

prósperas, el conflicto innecesario entre un pueblo tiranizador de América y el mundo coaligado contra su ambición!

Ya alzada Cuba en armas, en una comunicación de febrero de 1895 le hace al Presidente del Club 10 de Octubre, de Puerto Plata, las sugerencias que cree oportunas para la mejor colaboración de ese club en los propósitos revolucionarios, destacándole el interés que los pueblos hispanoamericanos deben tener en el éxito de la empresa acometida: “que al fin —le dice— cada ciudad de América sea una bolsa de la libertad de Cuba, que es garantía indispensable de la de nuestra familia de pueblos en el Continente. Estamos haciendo obra universal”.

En Montecristi, el 25 de marzo de 1895, antes de partir en unión de Máximo Gómez para los campos de Cuba libre, redactó Martí dos documentos trascendentales en los que dejó precisados el carácter y la finalidad internacionales de sus propósitos revolucionarios.

Uno de esos documentos es el ya citado *Manifiesto de Montecristi* —El Partido Revolucionario Cubano, a Cuba—.

En él aclara la significación excepcional de la revolución, agregando:

Honra y conmueve pensar que cuando cae en tierra de Cuba un guerrero de la independencia, abandonado tal vez por los pueblos incautos o indiferentes a quienes se inmola, cae por el bien mayor del hombre, la confirmación de la república moral en América y la creación de un archipiélago libre donde las naciones respetuosas derramen las riquezas que a su paso han de caer sobre el crucero del mundo.

En la magnífica y conocidísima carta, dirigida el 25 de marzo de 1895 a don Federico Henríquez y Carvajal, que es considerada como anticipamos, su testamento político, le expresa al dominicano esclarecido que fue su fraternal amigo, el intenso cariño que profesa a la República Dominicana:

De Santo Domingo ¿por qué le he de hablar? ¿Es eso cosa distinta de Cuba? ¿Usted no es cubano, y hay quien lo sea mejor que usted? ¿Y Gómez, no es cubano? ¿Y yo,

que soy, y quién me fija suelo? ¿No fue mía, y orgullo mío, el alma que me envolvió, y alrededor mío palpité a la voz de usted, en la noche inolvidable y viril de la Sociedad de Amigos? Esto es aquello, y va con aquello. Yo obedezco, y aún diré que acato como superior dispensación y como ley americana, la necesidad feliz de partir, al amparo de Santo Domingo, para la guerra de libertad de Cuba. Hagamos por sobre la mar, a sangre y a cariño, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino.

Y le precisa:

Yo alzaré el mundo. Pero mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador: morir callado. Para mí, ya es hora. Pero aún puedo servir a este único corazón de nuestras repúblicas. Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América, y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo.

Martí reitera, esta vez ante el pueblo norteamericano, el concepto de alcance internacional que para él tiene la revolución cubana, en la carta que, ya desde los campos de Cuba Libre, firma con Máximo Gómez, y que ambos dirigen al director de *The New York Herald* en 2 de mayo de 1895, ponderando así los provechos que al mundo reportará la independencia de nuestra patria:

A la boca de los canales oceánicos en el lazo de los tres continentes, en el instante en que la humanidad va a tropezar a su paso activo con la colonia inútil española en Cuba, y a las puertas de un pueblo perturbado por la plétora de los productos de que en él se pudiera proveer y hoy compra a sus tiranos. Cuba quiere ser libre para que el hombre realice en ella su fin pleno, para que trabaje en ella el mundo, y para vender su riqueza escondida en los mercados naturales de América, donde el interés de su amo español le prohíbe hoy comprar.

Y en otro pasaje completa Martí el anterior pensamiento:

Plenamente conocedor con sus obligaciones con América y con el mundo, el pueblo de Cuba sangra hoy a la

bala española, por la empresa de abrir a los tres continentes en una tierra de hombres, la República independiente que ha de ofrecer casa amiga y comercio libre al género humano.

Hecho carne de su carne, sangre de su sangre, todo su pensamiento y toda su dedicación a “problema de tanto alcance y honor tanto”, Martí ofrendó su vida por la libertad de Cuba, pero también por libertar a Hispanoamérica y al mundo de la futura y temible invasión del imperialismo yanqui.

Y muere Martí con esos ideales en el pensamiento y en el corazón. A ellos abrazado va a la muerte. El 18 de mayo de 1895, víspera de la tragedia de Dos Ríos, le escribe a Manuel Mercado una carta ya citada, en la que, presagiando su fin inmediato, le dice:

Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América.

Y confesándose al amigo querido y lejano, le declara:

Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin.

Cómo se cumplieron las previsiones de Martí

La carta de Martí a Mercado quedó sin terminar. Suspendida ese día la escritura, probablemente, por la llegada del general Bartolomé Masó al campamento, al día siguiente moría Martí, según anheló, “como bueno: de cara al sol”.

Y con la muerte, quedó también sin terminar su obra: Y algo más grave y doloroso aún: la independencia de Cuba sirvió precisamente para todo lo contrario de lo que Martí se había propuesto conquistar con ella.

Todas las provisiones geniales de Martí —para Cuba, para las Antillas, para el Continente, para el Mundo— fueron llegando después de su muerte, a catastrófica vigencia.

Los Estados Unidos, después de haber demostrado, a lo largo de toda la lucha separatista cubana, su contumaz apoyo a España y su permanente hostilidad a nuestra independencia, intervinieron al fin, no para ayudar a los patriotas revolucionarios, sino porque, conocedores de que ya el Ejército Libertador, con el respaldo de la mayoría del pueblo de la Isla y de las emigraciones, estaba en vías inmediatas de abatir definitivamente el poderío militar y económico de España, quisieron impedir que la final derrota de esta se consumase por el propio esfuerzo cubano, con el avieso propósito de que fuese Norteamérica el factor determinante de la nueva situación política que habría de surgir al cesar la soberanía española en Cuba.

Derrotada la vieja y decadente metrópoli en la Guerra hispano-cubanoamericana, única y exclusivamente por haber aceptado y seguido el ejército norteamericano los planes bélicos del general Calixto García y contado en todo momento con la cierta dirección del gran jefe cubano y la decisiva participación de sus disciplinados y heroicos mambises, se descubrió, bien pronto, que aquélla había sido para los Estados Unidos una guerra de rapiña imperialista.

Los cubanos fueron despreciativamente eliminados del acto de la capitulación de Santiago de Cuba, por ellos lograda, y de las Conferencias de la Paz, celebradas en París. Ocuparon los yanquis nuestra Isla y se apoderaron de la de Puerto Rico, quedando así abierto el camino que Martí pensaba “que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anejiación de los pueblos de nuestra América, al Norte, revuelto y brutal que los desprecia”.

Todos los planes e ideales de Martí se derrumbaron. La Isla por cuya libertad luchó y murió, y a la que tenía señalado papel trascendental en América y en el Mundo, se convirtió en colonia del imperialismo yanqui.

Precisamente después de la Guerra hispano-cubanoamericana es cuando los Estados Unidos se convierten en gran potencia mundial y cuando el imperialismo yanqui entra en la

gran etapa de su desarrollo que alcanza a la hora actual. Desde 1805, en que por primera vez pusieron sus ojos sobre Cuba y expresaron su intención y necesidad de apoderarse de la Isla, estuvieron esperando el momento oportuno y conveniente en que la fruta se madurara y cayera en sus manos, y hasta 1898 fue su política impedir que Cuba dejara de ser española, no por beneficiar a España, sino por propia conveniencia, a fin de que no pasara a manos de Inglaterra ni de ninguna otra nación europea, ni se independizara, ni se incorporara a alguna de las nacientes repúblicas hispanoamericanas. Tampoco aceptaron jamás la anexión de la Isla como un Estado más de la Unión, porque eran otras la miras que sobre ella tenían, según aparece amplia y documentalmente demostrado en nuestro libro *Cuba y los Estados Unidos*.

La gran habilidad de los gobernantes norteamericanos fue saber esperar, no precipitándose ni forzando los acontecimientos. Sus poderosos auxiliares fueron los españoles y los cubanos.

Los españoles, con la torpeza, incomprensión e intransigencia congénitas de sus políticos, aferrados únicamente, en los asuntos de Cuba, a esta máxima —su programa y bandera— propugnada por Cánovas y Sagasta: “La nación española está dispuesta a sacrificar, en el empeño de mantener la soberanía española en Cuba, el último hombre y la última peseta”.

Y esta posesión la querían para lo que ansía el avaro el dinero: por el mero afán de posesión. En nada se beneficiaba el pueblo español con que Cuba continuara bajo la soberanía de los Borbón-Habsburgo. Muy por el contrario, al pueblo español le costaba la sangre de sus hijos y el dinero que se distraía de la educación, la sanidad, la agricultura, etc., para regalo de los oficiales, políticos y comerciantes que hacían su agosto con la campaña de Cuba. Nunca quisieron los políticos españoles reconocer la justicia de las demandas cubanas. Una y mil veces engañaron con vanas palabras y falsas promesas a los cubanos. Y las voces de los pocos dirigentes o intelectuales españoles inconformes con la política de intransigencia y de explotación fueron ahogadas por el clamoreo patrioter de los Cánovas y los Sagastas.

Los cubanos fueron también, contra sí mismos, poderosos auxiliares de los planes imperialistas yanquis. Con la muerte de Martí, como hemos dicho ya reiteradamente, desapareció el único estadista de Cuba y de la Revolución del 95. Su visión genial sobre el futuro de Cuba y el peligro imperialista yanqui no fue comprendida ni recogida de manera efectiva por sus colaboradores en la obra revolucionaria. Grandes y gloriosos guerreros tuvo la revolución. Los nombres de Máximo Gómez, Antonio Maceo, Calixto García... pueden parangonarse con los de los más ilustres jefes militares del Continente; pero, aunque de principios e ideales ant imperialistas, actuaron como guerreros, y nada más que como guerreros, y les fue imposible hacer valer su criterio ant intervencionista, ni ante el Delegado de la Junta Revolucionaria de Nueva York, ni ante la Asamblea de Representantes y el Consejo de Gobierno.

Los hombres civiles de la revolución del 95 no tuvieron talla de estadistas —los que pudieron haberlo sido, como Manuel Sanguily y Enrique José Varona, no llegaron nunca a gozar de poder efectivo en la dirección revolucionaria—, y mucho menos tuvieron visión americanista e internacionalista de la guerra de Cuba.

En lo que a Cuba se refiere, la República que surgió el 20 de mayo de 1902, no fue, sin duda alguna, la que concibieron y por la que lucharon y murieron varias generaciones de cubanos, la conquistada plenamente por la Guerra Libertadora de los Treinta Años.

Aquella nueva y libre nacionalidad —antítesis de la colonia en principios y normas de gobierno, creada por su pueblo y para el bien de su pueblo, la de Varela, y Luz, Céspedes y Agramonte, Gómez y García, Martí y Maceo— fue frustrada por la fatal interposición de los Estados Unidos en la larga contienda cubano-española. Los ideales libertadores quedaron forzosamente supeditados a las dolorosas realidades de una intervención extranjera. España había dejado, sí, de ser nuestra metrópoli. Pero Cuba no era ni independiente ni libre todavía. El pueblo tuvo que seguir peleando por conquistar la República. Y, como poco antes, por su propio esfuerzo, ganó la independencia, ahora también, en forma análoga, pudo arribar a la vida republicana,

pero mediatizada esta por ese instrumento de dominación imperialista que fue la Enmienda Platt.

Nacida la República de Cuba en las especialísimas y precarias circunstancias que hemos señalado, ella ha malvivido siempre bajo la sombra fatídica de la absorción y explotación imperialista norteamericana.

Las condiciones dolorosas y peculiarísimas en que nació la República en precario dieron por fruto, en el desenvolvimiento de la vida republicana, estas consecuencias funestas:

Por obra y desgracia de la interposición norteamericana en la lucha de Cuba contra España, al cesar el dominio de la Metrópoli en la Isla la colonia no pudo ser liquidada: el empeño que Martí juzgó de imprescindible realización —“el trabajo no está en sacar a España de Cuba, sino en sacárnosla de las costumbres”— quedó sin realizar, porque la España autocrática se aferró desesperadamente al áncora de salvación que le tendía la ocupación militar norteamericana e hizo causa común con gobernantes y negociantes yanquis, sumándose a todas las manifestaciones ingerencistas e imperialistas desarrolladas en Cuba durante aquel período, tergiversando el sentido cordial, humano y justo de la frase de Martí, “la República, con todos y para el bien de todos”, a fin de perpetuar en Cuba independiente la organización social de la colonia, basada en dos castas, una minoría de explotadores y una mayoría de explotados, y logrando luego mantener o devolver a la arena pública, después del 20 de mayo de 1902, a hombres e instituciones, cubanos y españoles, afectos al viejo régimen vencido por las armas, imbuidos del espíritu de la Colonia, indiferentes, cuando no hostiles a la República, y no ya incapaces de continuar la obra de los libertadores sino empeñados en deshacerla en toda la medida de sus fuerzas.

La intervención de los Estados Unidos en la lucha armada de 1895 a 1898, la subsiguiente ocupación militar norteamericana del territorio de la Isla y, por último, la imposición de la Enmienda Platt a la República naciente crearon en nuestro pueblo un terrible complejo de inferioridad, de escepticismo, de desconfianza en sus propios destinos, de falta de fe en la República, mientras que los elementos menos escrupulosos, los politiqueros y desgovernantes que han ocupado el poder o deseado asaltar-

lo se lanzaban a la lucha por ver quien, de entre tales interesados competidores, captaba más rápida y eficazmente la protección y el apoyo del gobierno norteamericano, sin vacilar en entregar, a cambio, al extranjero, la tierra y la economía nacionales.

La falta de confianza en la estabilidad de la República, provocada por el perturbador derecho de intervención que se arrogaron los Estados Unidos, facilitó la adquisición de grandes cantidades de tierra cubana por particulares y empresas norteamericanas, mientras que en ciertos casos el temor al poder extranjero, al que se consideraba árbitro de los destinos de la patria, y en otros casos la debilidad ante su fuerza o el deseo de merecer sus favores llevaron a los gobernantes a la concertación de empréstitos onerosos y de tratados de supuesta reciprocidad comercial nocivos a los intereses del país; y con la complicidad o la acquiescencia de sus mandatarios —con excepciones honrosísimas, entre las que se destaca el eximio Manuel Sanguily—, Cuba quedó convertida en campo propicio a los propósitos dominadores y absorbentes del imperialismo yanqui, que, precisamente, en 1898, con la explotación económica de nuestro país, comenzó la carrera ascendente que ha llevado a los Estados Unidos a convertirse en la gran potencia imperialista de la época actual.

La influencia perniciosa del imperialismo yanqui sobre la República, no solamente ha asfixiado la vida económica de la nación y perturbado a cada paso, desde afuera, el normal desarrollo de su vida política con la continua e interesada ingerencia en nuestros asuntos de toda índole, sino que la ha desorganizado en lo interno, pues, con objeto de lograr instrumentos más dóciles a sus fines de dominio, ha favorecido casi invariablemente, en alianza con las fuerzas más reaccionarias del país, a los peores candidatos y gobernantes, propiciando el desgobierno, la inmoralidad y las tiranías de toda laya, ya que en aquellos países en que existe un gobierno nacional, más o menos ficticio, el imperialismo requiere que suban o se establezcan en el poder los elementos más carentes de fuerza moral y de verdadero apoyo popular; y, a su vez, las dictaduras y las tiranías —descaradas o solapadas, militares o civiles— que

necesitan del imperialismo para sostenerse, están siempre más que dispuestas a servirle.

Tan perturbadora ha sido la influencia, en nuestra vida republicana, del intervencionismo imperialista, que este puede servir de piedra de toque para aquilatar a los buenos y malos políticos y gobernantes, pudiendo afirmarse, sin temor a equivocación, que cada vez que uno de nuestros políticos o gobernantes defiende la intervención, busca el apoyo de Washington o proclama su incondicional adhesión a Norteamérica, es porque va a realizar o está realizando algo perjudicial a la República, ya en el orden político, ya en el administrativo, ya en el económico.

Cierto es que la Enmienda Platt, que mutilaba la soberanía de la República de Cuba, fue derogada en 1934; pero la supuesta derogación suprimió solamente el fundamento legal de la ingerencia norteamericana en Cuba, lo externamente humillante para el decoro nacional, mientras permanece invariable —según podría ilustrarse con incontables y recientes ejemplos— el dominio imperialista yanqui, en formas a veces sumamente agresivas, sobre toda nuestra vida económica, y la intromisión continua de los gobernantes norteamericanos en nuestros asuntos políticos, gubernativos, sociales, con el fin de apoyar los intereses capitalistas y guerreristas de los Estados Unidos.

Las previsiones del estadista genial que fue Martí no se cumplieron solamente en cuanto a “la tierra en que le tocó nacer”. El había sabido mirar con “ojos americanos”, y la funesta intervención de los Estados Unidos en la lucha independentista cubana produjo todos los frutos de miseria, dolor y sojuzgamiento que él con sangre de los hijos de Cuba había querido evitar a nuestra América.

Cuba y Puerto Rico, esclavos, fueron, según el funesto presagio de Martí, “mero pontón de la guerra de una República imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder, mero fortín de la Roma americana”.

La “clave de las Antillas”, que “los vecinos de habla inglesa codician [...] para cerrar en ellas todo el Norte por el Istmo, y apretar luego con todo este peso por el Sur”, cayó en manos de los Estados Unidos, y dueños de ella, estos, efectivamente,

cerraron todo el Norte por el Istmo y apretaron con todo este peso por el Sur.

Gracias a la intervención en Cuba y la posesión de Puerto Rico fue como el imperialismo yanqui pudo desbordarse por Hispanoamérica, y luego de sojuzgar a Hispanoamérica, invadir el mundo.

Domina con intervenciones económicas y militares a la República Dominicana y Haití, provoca la revolución de Panamá con el avieso propósito de tener manos libres para abrir y usufructuar el Canal de Panamá. Y abierto este, con su marina mercante y de guerra se adueña de ambos océanos y extiende sus negocios y su influencia por todo el orbe.

Utilizando a Cuba y Puerto Rico, según previó Martí, como “pontones”, ¡qué fácil le ha sido al yanqui apoderarse de Centro América! Y con sus banqueros y negociantes y su infantería de marina ha conquistado la hegemonía política y económica de las cinco repúblicas centroamericanas; asaltó a una de estas: Nicaragua; e intervino en México.

El imperialismo yanqui ha constituido y constituye el mal de males y la amenaza constante para la libertad y la soberanía de todos los pueblos hispanoamericanos, tendiendo sobre ellos las redes, difícilmente rompibles, de empréstitos, monopolios y concesiones, impidiendo la consolidación de sus industrias nativas y el desarrollo de su marina mercante; y tratando de anular los movimientos populares por la reconquista o conquista del suelo y el subsuelo y de la económica de cada uno de nuestros países.

El caso de Puerto Rico es catastróficamente revelador de la jamás satisfecha voracidad de dominación y explotación del imperialismo yanqui: el ser botín de guerra es la única razón de la sinrazón del fatal coloniaje que padece la antilla hermana desde 1898 hasta la fecha; de una guerra en que el pueblo de Puerto Rico no había sido parte. Y los puertorriqueños fueron para los Estados Unidos gente negociable y explotable, o más bien, esclavos vendibles y comprables en el gran mercado de las transacciones internacionales, con cuya voluntad no valía la pena contar. Ni España ni los Estados Unidos consultaron, tampoco, a las Cámaras insulares que gobernaban y administraban

la Isla y que habían sido aceptadas por su pueblo, sin la repulsa ostensible que provocaron en Cuba.

Puerto Rico está sufriendo todavía las consecuencias de aquella guerra; sigue siendo tratada como botín de aquella guerra. Y desde los primeros días en que la Isla fue ocupada por el general Miles, el pueblo puertorriqueño, por la palabra, la pluma y la acción de los mejores de sus hijos —con Eugenio María de Hostos, Zeno Gandía, Rosendo Matienzo Citrón, José de Diego, Ramón Mayoral Barnés, Antonio Vélez Alvarado y Pedro Albizu Campos a la cabeza— viene luchando heroicamente en pro de la independencia absoluta de la Isla, siendo incontables los héroes y mártires —hombres, mujeres, niños y ancianos— con que cuenta esta nobilísima cruzada por la libertad y la justicia y contra el imperialismo absorbente y explotador de los Estados Unidos, que en vano tratan de ahogar o tergiversar, calificando a estos patriotas puertorriqueños de minoría inconforme, los traidores y vendepatrias al servicio del régimen colonial allí mantenido por el Imperio norteamericano.

En estos cincuenta y cinco años de dominación imperialista yanqui, Puerto Rico, que gozaba de muy próspera situación económica en 1898, ha ido hundiéndose cada vez más en el coloniaje, con la secuela de la absorción de sus tierras, industrias, comercios, por el capital norteamericano. Ha sido despojado de buena parte de su territorio, convertida la isla en una estación naval, militar y aérea, y depósito de bombas atómicas; empobrecida, corrompida y desnacionalizada su población.

De la aguda crisis económica que sufre Puerto Rico desde 1898, culpan el yanqui ocupador y el criollo lacayo a la superpoblación, cuando es lo cierto que no obedece más que a una causa: la superexplotación imperialista.

La revolución independentista de octubre de 1950 ha servido de pretexto para colmar las cárceles coloniales de centenares de patriotas y aupar —con la farsa de un ridículo y mentiroso “estado libre y asociado”, que ni políticamente puede considerarse como un “estado”, ni goza de libertad, ni está asociado a los Estados Unidos, sino que es tan solo un disfraz carnavalesco de la misma colonia factoría, sometida, vilipendiada y explotada a partir de 1898— a los ganapanes al servicio del yanqui concul-

gador de todos los ideales libertadores, antillanos, americanistas y antimperialistas que Martí se propuso alcanzar con la independencia de Cuba y Puerto Rico.

La intervención de los Estados Unidos en la guerra que los cubanos sostenían contra España dio al imperialismo yanqui sus primeros puntos de apoyo fuera del continente americano, sentando las bases de su actual dominio sobre territorios situados en todas partes del mundo.

Vencida España, los Estados Unidos no solamente ocuparon militarmente a Cuba y tomaron a Puerto Rico, sino que se anexaron a Guam y las Filipinas.

Más adelante su yugo económico imperialista sobre nuestra América fue elemento principalísimo para su ascenso en poderío, que las llevaron a ocupar posición cada vez más importante, frente a los viejos imperialismos europeos, por la supremacía mundial.

Por último, la participación de los Estados Unidos en la primera guerra mundial, libres ya de toda forma aislacionista, declarada o encubierta, mantenida con anterioridad a 1917, les facilitó el desbordamiento imperialista sobre el mundo, que Martí previó y trató de evitar.

Pretendiendo cubrir su imperialismo con el mismo hipócrita manto de democracia universal y de igualdad internacional el Presidente Wilson creó la Sociedad de las Naciones, pensando que apoyándose en ella los Estados Unidos serían los árbitros del viejo mundo, como ya habían dominado el Nuevo. El fracaso de esta organización, no les impidió abandonar el terreno abonado ya al considerarse salvadores de las democracias europeas frente a las ansias expansionistas del imperio alemán y ensayar otras organizaciones que, dominadas por ellos, con la cooperación de sus satélites hispanoamericanos, les permitieran el más fácil desarrollo de sus planes imperialistas mundiales.

Ante el buen éxito alcanzado con las diversas organizaciones de carácter educativo cultural, científico, industrial, comercial y pacifista, que al efecto crearon y en buena parte mantuvieron económicamente, y el complaciente reconocimiento a que se hicieron acreedores por las naciones europeas a las que

ayudaron a salvar de una inevitable derrota, no es de extrañar que al desatarse la Segunda Guerra Mundial ya tuvieran el camino expedito para robustecer y expandir su liderazgo político militar y económico, con su decisiva participación en esta nueva contienda universal.

Y así ocurrió. De esta conflagración bélica salieron los Estados Unidos transformados en los usureros del Viejo Mundo, convertidas las tres grandes potencias europeas —Inglaterra, Francia e Italia— en colonias económicas de Norteamérica, y atadas ellas y las otras naciones de aquel continente a los Estados Unidos por pactos bilaterales y multilaterales de asistencia mutua y por la Organización de las Naciones Unidas, organismo internacional al servicio casi exclusivo de sus intereses imperialistas, en el que cuentan, no solo con los votos de sus “buenas vecinas” hispanoamericanas —salvo muy contadas excepciones sino también con los de sus “agradecidas” deudoras del Viejo Mundo.

No necesita demostración alguna, que bien a la vista está del más miope y aun de los que no quieran ver, que los Estados Unidos gozan hoy de una hegemonía económica y política —imperialista— sobre gran parte del mundo, con la gravísima característica de que las torres de su presunta democracia, “que desprecio al aire fueron”, “a su gran pesadumbre se rindieron”, pues, lejos de ser los defensores de los más altos principios democráticos y humanos, en favor de los pueblos oprimidos por los carcomidos imperios europeos que aún sostienen precariamente el dominio de sus colonias, se han puesto económica y militarmente al lado de esos imperios; y son también en América mantenedores de tiranías y dictaduras, importándoles poco —como no les importó la masacre weyleriana desatada por el despotismo español contra el pueblo cubano— contemplar cómo se desangran esos pueblos asiáticos y africanos con las balas y las bombas por Norteamérica facilitadas a sus aliadas las naciones imperialistas europeas y se mantienen en todas partes del mundo regímenes despóticos y tiránicos con el respaldo económico y los armamentos logrados de Norteamérica.

Realidades pavorosas son estas, que Martí previó y quiso evitar al tratar de impedir que los Estados Unidos, dueños de las

Antillas y de América, cayesen sobre el mundo y lo sojuzgaran y explotaran, para desgracia de los pobres y los oprimidos de la tierra, con los cuales él hizo causa común.

Vigencia de la lucha antimperialista

La bandera de lucha contra el imperialismo yanqui, que alzaron junto a la enseña gloriosa de la estrella solitaria los Cuatro Grandes de la Guerra Libertadora Cubana de los Treinta Años —Martí, Maceo, Gómez y García—, enarbolada también por los constituyentes de 1901 y por el pueblo de Cuba al combatir la Enmienda Platt, continúa siendo símbolo de sano y fervoroso patriotismo, porque el antimperialismo entre nosotros es sinónimo de cubanismo, a extremo tal, que no se puede ser buen cubano sino se es buen antimperialista.

Y creemos que lo mismo puede decirse de todos los países de la América nuestra, víctimas unos, hasta la subyugación y la miseria, del imperialismo yanqui, sometidos otros a mayor o menor vasallaje económico y tutela política, hoy obligados todos, salvo casos rarísimos, a servir de mero eco, en las grandes asambleas internacionales, a la potencia que se arroga el derecho de hablar en nombre del Hemisferio. Ha de ser antimperialista todo patriota sincero y sagaz de nuestras tierras de América.

Pero, como en estos últimos tiempos especialmente después de la Segunda Guerra Mundial, como ya indicamos, el imperialismo yanqui se ha extendido por todas partes del mundo, no ya a la usanza antigua de conquista e incorporación de territorios, sino en su modalidad de dominio económico —agravado últimamente con la agresión a la soberanía nacional que significan el establecimiento de bases militares, navales y aéreas en suelo de otras naciones, y la intervención en asuntos de su política interna mediante la presión de carácter económico—, sucede que, como reacción patriótica popular, el antimperialismo ha tenido que extenderse, apareciendo hasta en la propia Europa, que antes únicamente ejercía el imperialismo sobre países débiles o atrasados, y que ahora va pasando a esta categoría según el concepto de la más joven, la más rica y la más poderosa de todas las potencias imperialistas.

He aquí por qué lo que desde largo tiempo atrás propugnamos para Cuba es ya, no solamente consigna para nuestra América, sino lema de patriotismo en el mundo entero. A los que se agrupen bajo la bandera antimperialista no ha de tachárseles de extremistas, sino elogiarlos como patriotas que entienden el momento actual que vive el mundo. Y tampoco el antimperialismo deberá considerarse como bandera exclusiva de partido o tendencia política determinada; ella es lo suficientemente amplia como para que puedan caber bajo sus pliegues todos cuantos, en Cuba, en América, en el Mundo, ansíen para su patria lo que para la nuestra hizo Martí: un estado de pleno decoro nacional, de soberanía total, en que la independencia política se sustente sobre los firmes cimientos de la independencia económica. Y que sean los adalides de este gran movimiento de liberación aquellos que no ciñan su concepto antimperialista a las fronteras de la tierra natal, sino que sintiendo, como Martí sintió, “con entrañas de humanidad”, quieran el fin de todo sojuzgamiento, de todo imperialismo, y alienten, como ideal supremo, el de la patria libre en un mundo en que no haya sino patrias libres.